



WILKIE COLLINS

*Confesiones de
un granuja*

Frank Softly es lo que suele llamarse una oveja negra. Perteneciente a una aristocrática familia inglesa, su talante libre, originales ideas y alegría de vivir le van alejando del camino que naturalmente habría tenido que seguir. Su amor por Alicia le hace partícipe de mil aventuras a las que sobrevive con astucia y gran sentido del humor, y las confesiones de este caballero, tan poco respetable, nos mostrarán el mundo desde una cómica perspectiva. Wilkie Collins ha entrado de pleno con esta obra en el género picaresco y, con su excepcional capacidad para captar la atención del lector, construye una novela fresca y divertida.

UNAS PALABRAS DE INTRODUCCIÓN

Las páginas que siguen fueron escritas hace más de veinte años y publicadas por entregas en *Household Words*. Mi amigo, el señor George Bentley, me invita a ocupar un lugar en su nueva colección de bonitos volúmenes encuadernados en rojo, y yo resucito el viejo relato como la contribución más aceptable que las actuales circunstancias me permiten ofrecerle.

En la forma en que fue originalmente publicado, el *Granuja* tuvo muy buena acogida. Año tras año pospuse la reedición, pues, a sugerencia de mi viejo amigo Charles Reade, me proponía alargar las aventuras del héroe en Australia, que ahora aparecen solo esbozadas. Pero la oportunidad de llevar a cabo este proyecto ha resultado ser una de las oportunidades perdidas de mi vida. Vuelvo a publicar el relato sin alterar su conclusión original, pero con añadidos ocasionales y mejoras que, espero, harán que esta vez sea más digno de atención.

El lector crítico detectará quizá un tono casi de desafiada alegría en ciertas partes de estas confesiones imaginarias. Solo puedo argüir en mi defensa que el relato ofrece un reflejo fiel de un momento muy feliz de mi vida pasada. Fueron escritas en París, cuando tenía a Charles Dickens como vecino y compañero diario, y cuando mis horas de

asuetos las pasaba gozosamente en compañía de muchos otros amigos, todos ellos asociados con la literatura y el arte, de los cuales el admirable cómico Regnier es ahora el único sobreviviente. La revisión de estas páginas me ha resultado una tarea triste. Solo me queda esperar que sirvan para alegrar los momentos tristes de otros. Al *Granuja* sin duda se le pueden encontrar dos méritos, al menos a los ojos de la nueva generación: nunca tiene dos momentos seguidos de seriedad y «se lee en un instante».

Gloucester Place, Londres W. C.

6 de marzo de 1879

CAPÍTULO I

Veré si puedo escribir algo sobre mí mismo. Mi vida ha sido bastante extraña. Quizá no parezca especialmente útil o respetable, pero, en algunos aspectos, ha sido una vida de aventura, y esto quizá la haga digna de ser leída, incluso en los círculos más cargados de prejuicios. Soy el vivo ejemplo de algunos de los efectos que, durante las primeras décadas de este siglo, el sistema social de este ilustre país ejerció sobre sus ciudadanos. Y, si se me permite decirlo, sin hacer por ello gala de una indebida vanidad, quisiera ponerme como ejemplo para la edificación de mis compatriotas.

¿Quién soy?

Les puedo asegurar que soy de muy buena familia. Vine al mundo con la gran ventaja de tener a *Lady Malkinshaw* por abuela, a la hija de su señoría por madre, y al señor Francis James Softly, doctor en medicina (comúnmente llamado doctor Softly) por padre. Pongo a mi padre en último lugar porque no era de tan buena familia como mi madre, y a mi abuela en cabeza porque era la persona de más alta cuna de los tres. He sido, soy, y quizá siga siendo, un Granuja, pero espero no haber caído tan bajo todavía como para olvidar el respeto que se debe al rango. A propósito de esto, confío en que nadie será tan desconsiderado hacia mis sentimientos como para esperar que hable mucho del hermano de mi madre. Ese inhumano sujeto ultrajó a su fa-

milia haciéndose rico con el negocio de los jabones y las velas. Pido disculpas por mencionarlo, aunque sea de pasada. El caso es que le dejó a mi hermana Annabella un legado harto peculiar, sujeto a ciertas condiciones que, indirectamente, me afectaron. Sin embargo, no debo hablar todavía de esta parte de mi historia familiar. Pido disculpas una vez más por aludir a asuntos monetarios antes de que sea absolutamente necesario. Permítaseme que, diciendo una o dos cosas sobre mi padre, vuelva a un tema agradable y decente.

Mucho me temo que el doctor Softly no era un médico muy avezado, pues, a pesar de sus grandes relaciones, el suyo no era un ejercicio demasiado espléndido de la medicina.

Como médico general, podría haber adquirido el negocio en marcha de algún colega retirado, junto a una casa y una agradable consulta. Pero como yerno de *Lady Malkinshaw* estaba obligado a llevar alta la cabeza, hacer ostentación y vivir en una calle próxima a una plaza elegante, y a pagar a un torpe y costoso lacayo para que abriera la puerta, en lugar de a una doncella barata y hacendosa. Cómo lograba «mantener su posición» (tal es, creo, la expresión adecuada) es algo que nunca pude averiguar. Su esposa no aportó ni un penique. Cuando el honorable y gallardo *baronet*, su padre, falleció, dejó los asuntos mundanos de su viuda, *Lady Malkinshaw*, en un estado curiosamente confuso. Su hijo (y me avergüenzo sinceramente de verme tan pronto obligado a mencionarlo otra vez) se esforzó por sacar a su madre de apuros. Se metió en una serie de desastres pecuniarios —eso que las gentes del mundo del comercio llaman, creo, transacciones—, luchó durante un breve tiempo por salir de ellos en calidad de rentista, fracasó, y, con notable falta de imaginación, recurrió al oleaginoso refugio del comercio de jabones y velas. Después de aquello, su madre le miró siempre con desdén, aunque también le pidió prestado dinero, supongo que para demostrar que

su afecto materno no se había extinguido del todo. Mi padre intentó seguir su ejemplo..., en interés de su esposa, por supuesto. Pero el fabricajabones cerró brutalmente sus bolsillos, y le dijo a mi padre que se estableciera por su cuenta. Sucedió así que, de hecho, éramos una familia pobre, a pesar de la excelente imagen que dábamos, la elegante calle en la que vivíamos, la bonita berlina que teníamos, y el torpe y costoso lacayo que contestaba nuestra puerta.

¿Qué había que hacer conmigo en lo referente a mi educación? Si mi padre hubiese consultado sus posibilidades económicas, me habrían enviado a una academia comercial barata. Pero tuvo que consultar con su parentesco con *Lady Malkinshaw*, de modo que me enviaron a la más elegante y famosa de las grandes escuelas privadas. No mencionaré su nombre, porque no creo que los maestros se sintieran orgullosos de mi relación con ella. Me escapé tres veces y fui azotado tres veces. Me hice amigo de cuatro aristócratas y tuve cuatro enconadas peleas con ellos: en tres me zurraron, en una fui yo el que zurré. Aprendí a jugar al *cricket*, a odiar a los ricos, a curar verrugas, a escribir versos en latín, a nadar, a recitar discursos, a preparar riñones con tostadas, a dibujar caricaturas de los maestros, a analizar frase a frase dramas griegos, a darle betún a las botas, y a recibir con resignación las patadas y los consejos serios. ¿Quién se atrevería a decir que, después de todo, la elegante escuela privada no me fue de utilidad?

Tras dejar la escuela, escapé por los pelos de meterme en otro sitio destinado a amoldar a la gente distinguida; en otras palabras, casi me enviaron a la universidad. Por suerte para mí, mi padre perdió justo a tiempo un pleito, y para pagar por el lujo de recurrir a los tribunales, se vio obligado a juntar hasta el último penique disponible. Si hubiese podido ahorrarse sus siete chelines, sin duda me hubiese enviado a luchar por un sitio en el reñidero del gran teatro universitario. Pero su bolsa estaba vacía, y su hijo no podía

optar a ser admitido en tal lugar como corresponde a un caballero.

Lo siguiente era elegir una profesión. Aquí el doctor fue la liberalidad en persona, pues me dejó a mis anchas. Era el mío un temperamento aventurero, y me hubiese gustado entrar en el ejército. Sin embargo, ¿de dónde sacar el dinero para pagar mi nombramiento? En cuanto a alistarme como soldado raso e ir ascendiendo, las instituciones sociales de mi país obligaban al nieto de *Lady Malkinshaw* a iniciar la vida militar como oficial y caballero, o a no iniciarla en absoluto. El ejército quedaba, por tanto, descartado. ¿La Iglesia? Igualmente descartada: puesto que no podía costearme el ingreso en el lugar preparado para amoldar a las personas distinguidas, y no podía aceptar un pase gratuito caritativo, a causa de mi augusta parentela. ¿La abogacía? Me costaría cinco años entrar en la profesión, y tendría que gastar doscientas libras al año haciendo prácticas antes de ganar un chavo. ¿La medicina? Verdaderamente, este parecía el único refugio digno de un caballero que quedaba. Y, sin embargo, a la vista de la experiencia de mi padre, llegué a incurrir en la ingratitud de sentir una secreta animadversión hacia la profesión. Resulta degradante confesarlo, pero recuerdo haber deseado no gozar de tan encumbrada familia, y pensado sinceramente que, de no haber sido un caballero pobre, la vida de un viajante de comercio me hubiese venido como anillo al dedo. Desplazarme de un lugar a otro, vivir alegremente en las fondas, ver constantemente caras nuevas, y sacar dinero de todo este disfrute, en lugar de gastarlo. ¡Qué vida para mí, de haber sido yo hijo de un camisero, y nieto de la viuda de un lacayo!

Mientras mi padre dudaba qué hacer conmigo, un amigo sugirió otra profesión, profesión que hasta el último día de mi vida lamentaré que no me dejaran adoptar. Aquel amigo era un viejo y excéntrico caballero, dueño de extensas propiedades, muy respetado por nuestra familia. Un día, mi padre, en mi presencia, le pidió consejo sobre el

mejor modo para orientarme en la vida de un modo digno de mi familia, y que fuese lo bastante ventajoso para mí.

—Escucha mi experiencia —dijo nuestro excéntrico amigo—, y si eres sabio, te decidirás apenas me hayas escuchado. Tengo tres hijos. Eduqué al mayor para que entrara en la Iglesia. Dicen que le va de maravilla, y me cuesta trescientas libras al año. Eduqué al segundo para que entrase en la abogacía. Dicen que le va de maravilla, y me cuesta cuatrocientas libras al año. Eduqué al tercero para que entrara en Quadrilles, el salón de baile. Se ha casado con una heredera, y no me cuesta nada.

¡Pobre de mí! ¡Si se hubiese seguido el consejo de aquel meritorio sabio, si me hubiesen educado para entrar en Quadrilles! ¡Si me hubiesen soltado en los salones de baile de Londres para, bajo la atenta mirada de Himeneo, hacerme digno de un dorado título! ¡Oh jóvenes adineradas, medía yo un metro setenta y cinco con los calcetines puestos; la charla irrelevante y el baile se me daban de maravilla, tenía lustrosos bigotes, rizos y una bella voz! ¡Vosotras, muchachas de áureas guineas, vosotras, ninfas de crujientes billetes, lamentaos por el marido que perdisteis, por el Granuja que ha violado la ley y que, como consorte de una mujer con tierras y caudales, podría haber alcanzado los escaños del Parlamento británico! ¡Oh, chimeneas y hogares cantados en tantas canciones, mencionados en tantos libros, proclamados en tantos discursos, con acompañamiento de tantas sonoras aclamaciones, qué gozador de la alfombra frente al hogar, qué hacendado, qué educador de una familia fue arrancado de vuestros brazos, cuando el hijo del doctor Softly no adoptó la profesión de Quadrilles!

Todo terminó con que me resigné a la desgracia de ser médico.

Si era muy buen muchacho y me esforzaba, y me relacionaba cuidadosamente con la mejor sociedad, cabía esperar que, con el paso del tiempo, heredaría la berlina de mi padre, su casa tan elegantemente emplazada y el torpe

y costoso lacayo. ¡Había posibilidades para un muchacho espabilado, por cuyas venas discurría aventurera la sangre de los antiguos Malkinshaw (que en la época feudal fueron consumados granujas de alto copete)!

Miro hacia atrás en mi vida y cuando recuerdo con qué paciencia acepté un destino en la medicina, me veo como un héroe. Es más, incluso fui más allá de la mera virtud pasiva de aceptar mi destino. Llegué a estudiar, me familiaricé con el esqueleto, establecí una relación amistosa con el sistema muscular, y los misterios de la fisiología me visitaron del modo más generoso cada vez que tenían una tarde libre.

Sin embargo, esto no fue lo peor. No me gustaban los abstrusos estudios de mi nueva profesión, pero odiaba totalmente la esclavitud diurna de prepararme, desde el punto de vista social, para ser un éxito en ella. Mi afectuoso progenitor médico insistió en presentarme a todos sus contactos. Estuve haciendo visitas montado en la pulcra berlina, con un estetoscopio y una publicación médica en el bolsillo de la chaqueta, acompañado por el doctor Softly — quien se dejaba ver perfectamente desde la ventanilla—, para buscar pacientes en calidad de aspirante a sucesor de mi padre. Jamás he estado tan incómodo en la cárcel como lo estuve en aquel vehículo. Me he sentido más a gusto en el banquillo de los acusados (tales son la depravación y perversidad propias de mi persona) de lo que me sentí nunca en los salones de los distinguidos clientes y respetables amigos de mi padre. Y no es que mis desdichas terminaran con las visitas matinales. Se me ordenaba asistir a todas las cenas, y a mostrarme agradable en todos los bailes. Lo peor eran las cenas. En efecto, a veces lográbamos hacernos invitar a las casas de poderosos y encumbrados anfitriones, donde comíamos los más delicados platos franceses y bebíamos los vinos más añejos, lo que, de un modo conveniente y razonable, nos hacía más resistentes a la frigididad de la compañía. A aquellas veladas no tengo ningún

reproche que hacerles. De lo que ahora me quejo amargamente es de las cenas que dábamos nosotros, y de las cenas que nos ofrecían las gentes de nuestro rango.

¿Se han fijado ustedes en la notable fidelidad a unas formas fijas de expresarse que caracteriza a quienes no dicen más que estupideces? Lo que caracteriza la preparación de cenas elegantes es precisamente una tal imitación servil de un ejemplo previo.

Cuando en casa ofrecíamos una cena, teníamos sopa espesa, bogavante con salsa de langosta, pierna de cordero, aves hervidas y lengua, y como guarnición pastelillos de ostras y curry, además de pato salvaje, pudding, gelatina, nata y tartitas. Todos ellos platos excelentes, excepto cuando te los dan continuamente. En plena temporada no tomábamos otra cosa. Cada uno de nuestros hospitalarios amigos nos ofrecía una cena para corresponder, que era una copia idéntica de la nuestra, del mismo modo que la nuestra era una copia idéntica de la que ellos nos habían ofrecido el año anterior. Hervían lo que nosotros hervíamos, y asaban lo que nosotros asábamos. Ninguno cambió nunca el orden de los platos —o añadió o quitó alguno— o alteró la posición de las aves, colocadas ante la anfitriona, y la pierna, colocada frente al anfitrión. Cuando sacaban la sopera y el inevitable aroma de la sopa espesa renovaba su contacto diario con mis fosas nasales, el estómago me daba un vuelco, y me advertía de las persistentes formalidades comestibles que, inevitablemente, vendrían a continuación. Supongo que la gente honrada, que sabe lo que es quedarse sin cena (a mí, como soy un Granuja, no me ha faltado nunca), habrán experimentado agudos sufrimientos a causa de tal privación. Quizá les consuele saber que, además de la privación total, una de las pruebas más duras a que pueda someterse resistencia humana es tener siempre lo mismo, día tras día, para cenar. Fecho mi primera decisión sería de echar por la borda la profesión médica a la primera oportunidad adecuada que se presentase a partir

de la segunda serie de cenas a las que mis aspiraciones como médico en ciernes, con inevitable regularidad, me obligaban a estar presente.

CAPÍTULO II

La oportunidad que esperaba se presentó de un modo curioso e, inesperadamente, tuvo importantes consecuencias.

Como ya he mencionado, al citar las diversas ramas del saber humano que adquirí en la escuela, aprendí a dibujar caricaturas de los profesores que tan solícitamente me educaban. Poseía un talento natural para este útil género artístico. Después de dejar la escuela, mejoré enormemente a base de practicarlo en secreto, y terminé por hacer de él una fuente de beneficios y dinero de bolsillo, cuando ingresé en la profesión médica. ¿Qué podía hacer? Como médico me cabía esperar que no ganaría un chavo durante años. Mi elevada posición en la vida me apartaba de todas las fuentes rápidas de ingresos, y mi padre solo podía permitirse darme una asignación tan ridículamente pequeña como para no ser digna de mención. En la escuela me había hecho secretamente con dinero de bolsillo vendiendo mis caricaturas, y en casa me vi obligado a repetir el proceso.

En la época a la que me refiero, el Arte de la Caricatura estaba llegando al fin de la etapa más desafortada y distorsionadora de su desarrollo. Entonces, la sutileza y la fidelidad a la verdad de la Naturaleza que hoy se les exige a quienes lo cultivan apenas habían empezado a ser concebidas. Pura farsa y un basto sentido de lo burlesco, con abundante colorido para justificar el precio, seguían siendo la

suma de lo que el público de aquellos tiempos exigía. El primero en asegurarme que yo estaba capacitado para cumplir dichos requisitos fue un colega de la carrera médica que tenía diecinueve años, edad ya madura para la crítica. Él conocía a un impresor de grabados, al que mostró entusiasta una carpeta llena de mis esbozos, tomando la precaución de no mencionar mi nombre. Para mi gran sorpresa (pues yo era demasiado engreído para que el hecho me causara demasiado asombro), el editor escogió algunas de las mejores piezas y, osadamente, las adquirió, al precio que él quiso, por supuesto. Desde ese momento me convertí, de un modo anónimo, en uno de los jóvenes bucaneros de la caricatura británica y me dediqué a navegar aquí, allá, y por todas partes, en mis momentos de ocio, en busca de una presa propicia en forma de cualquier tema que me fuese dado asumir. Poco imaginaba mi linajuda madre que, entre los grabados en color exhibidos en los escaparates, que irrespetuosamente ilustraban los actos públicos y privados de personas distinguidas, ciertos especímenes que llevaban la firma clásica de Tersites Júnior se basaban en dibujos proporcionados por su aplicado hijo médico. Poco sospechaba mi respetable padre, cuando, con gran dificultad y fastidio, lograba de tanto en tanto meterme de contrabando, en su compañía, dentro de los límites de la sociedad elegante, que estaba ayudándome a estudiar modelos que, bajo mi implacable tratamiento, estaban llamados a hacer que el público se riera de algunos de sus más augustos clientes, y a llenar los bolsillos de su hijo con honorarios profesionales jamás soñados por su filosofía.

Durante más de un año, sin despertar sospecha alguna, logré mantener bien provista la bolsa mediante el ejercicio de mis dotes de caricaturista. Pero el día del descubrimiento había de llegar.

No sé si la admiración de mi amigo médico por mis esbozos satíricos le condujo a hablar sobre ellos en público sin demasiada reserva, o si los criados de mi casa encontra-

ron un modo privado de observarme en mis momentos de trabajo artístico. Pero que alguien me había traicionado, y que el descubrimiento de mi producción ilícita de caricaturas le fue comunicado incluso a mi abuela, cabeza y manantial del honor familiar, son hechos lamentables e irrefutables. Una mañana, mi padre recibió una carta de la propia Lady Malkinshaw en la que, con una caligrafía deformada por el hondo pesar, y con una de cada tres palabras emborronada por la violencia de su justa indignación, se le informaba que *Tersites Júnior* era su propio hijo y que, en una de las últimas «soeces» caricaturas, ¡sus propios y venerables rasgos aparecían inconfundiblemente representados como parte del cuerpo de un enorme búho!

Por supuesto, me llevé la mano al corazón e, indignado, lo negué todo. Fue inútil. El modelo del búho había obtenido pruebas irrefutables de mi culpabilidad.

En esta ocasión, el doctor, normalmente el más melifluido y contenido de los hombres, se puso hecho una furia, y lanzó rugidos y maldiciones. Declaró que yo estaba poniendo en peligro el honor y la posición de la familia, e insistió en que, en lo que me quedaba de vida, no volviera jamás a dibujar otra caricatura, fuera con fines públicos o privados. Y me ordenó que fuese inmediatamente a pedir el perdón de Lady Malkinshaw en los términos más humildes que fuese posible encontrar. Yo, como era mi obligación, contesté que estaba más que dispuesto a obedecer, a condición de que él me compensara, triplicando mi asignación, por lo que perdiera al renunciar al Arte de la Caricatura, o que Lady Malkinshaw me nombrara su médico personal, con un espléndido salario. Estas moderadísimas condiciones incrementaron de tal modo la cólera de mi padre, que este reafirmó, con un juramento de una vulgaridad inmencionable, su voluntad de ponerme de patitas en la calle si no hacía lo que me pedía, sin atreverme a insinuar condiciones de ningún tipo. Yo hice una reverencia y dije que le ahorraría el esfuerzo de ponerme de patitas en la calle marchándome